

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 centimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 10 ejemplares . . . 1'00 ptas
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00 .
 Extranjero . . . 1'50 .

Maura, la neutralidad y la guerra

Grande algarabía ha causado entre los políticos militantes y en la prensa de todo matiz, el discurso que en Beranga ha tenido a bien relinchar el más grande de los caballos de la cacharrería monárquica española, don Antonio Maura y Montaner.

Y al fin de cuentas, ¿por qué de tanto revuelo? ¿Qué ha dicho de trascendental, de nuevo, de original, este ya tan desacreditado oráculo? Nada concreto, nada sólido, nada claro, cosas que dichas por un ciudadano cualquiera del montón serían calificadas de simplismos ridículos, de tonterías de pedante.

Y sin embargo, el caballo ha causado tal confusión con rotura correspondiente entre los cacharros que forman el haber de su tienda, que ha hecho estremecer hasta a los de las tiendas de enfrente... a los de la derecha y a los de la izquierda.

Pero apesar de todo, los efectos del discurso de Maura ninguna influencia han tenido ni tendrán en el extranjero para evitar ni agravar el peligro de verse España envuelta en el sangriento conflicto europeo. Los efectos de las declaraciones de Maura, sólo han alcanzado a dar cierto movimiento a las insanas filias y fobias de por acá, disfrazadas muchas de ellas con el manto de la neutralidad convertida en alcahueta. Las declaraciones de Maura no determinarán nada decisivo en los gobiernos beligerantes, que obrarán sobre las naciones neutrales según sus propias conveniencias, prescindiendo de las declaraciones que en pro o en contra de la neutralidad puedan formular unos y otros jefes de los diferentes bandos políticos.

¿Qué es, pues, lo que puede haber determinado a Maura a hacer sus últimas declaraciones? Solo el objeto de hacer factible cuanto antes su vuelta al poder, creemos que es lo que ha movido al fatídico gobernante de 1909.

Y para ello no ha hallado otro medio, aprovechándose de las circunstancias, que hacerse simpático a las izquierdas, aunque pierda momentáneamente un poco de las simpatías de las derechas.

El último discurso de Maura, sólo se explica por el deseo de volver a gobernar, y que esto sea en los actuales momentos históricos que pueden proporcionar a los hombres fatuos encumbrados en la política, la gloria de ser citados en la historia de la actual conflagración, el honor de pasar a la posteridad al lado de los *inmortales* por la «gracia de Dios» y por la imbecilidad de los pueblos. Y para abrirse camino, Maura ha procurado lograr dos cosas a la vez: trocar en simpatía su mala fama en el exterior por el fusilamiento de Ferrer, y en el interior, extinguir por completo el eco de «Maura, no!» que hasta ahora ha venido imposibilitándole para volver a gobernar. Lo primero lo habrá logrado con sus declaraciones veladamente favorables a una *entente* con las naciones aliadas Francia e Inglaterra; lo segundo, por la satisfacción causada a los aliadófilos hasta el punto de que el mismo Lerroux, el autor del «Maura no», no tenga reparo alguno, si el caso se presenta y la «patria» lo exige, de formar parte de un ministerio nacional con el mismo Maura a la cabeza. Así es la política, así son los políticos y así se procuran hacer las *uniones sagradas* para llevar a los pueblos a la matanza.

El orgullo, la vanidad insana de que su nombre sea citado en la historia de la actual guerra, pudiera muy bien ser el móvil que dictó el discurso pronunciado últimamente en Beranga por el nefasto gobernante don Antonio Maura y Montaner.

..

Se habla mucho de la neutralidad; se vitorea mucho a la neutralidad. Pero, los que más la vitorean ¿lo hacen verdaderamente por sentimiento pacifista, contrario a las guerras? Hemos leído sus artículos, hemos escuchado sus palabras, hemos visto sus actitudes y de nuestras observaciones hemos deducido que su neutralidad no es dignamente sentida, no es noble-

mente expresada. Unos se llaman, débilmente, friamente, neutralistas, por considerar a España *poco fuerte* para entrar en liza. Son neutrales por *impotencia*; entre estos se encuentran muchos francófilos, es decir, *aliadófilos* deseosos de que la guerra continúe hasta el completo aniquilamiento de Alemania. Otros son neutralistas porque España, por su posición geográfica, no se halla en fácil comunicación con los Imperios centrales. Son neutrales por *imposibilidad* de... no serlo; entre estos se cuentan los germanófilos que desean la victoria completa y decisiva de Alemania sobre todos los aliados, con la trituration del Imperio británico y con la hegemonía germánica sobre todo el viejo mundo.

Unos y otros son «neutrales» partidarios de la continuación de la guerra hasta el triunfo definitivo de su beligerante idolatrado.

Mentira es, pues, el neutralismo de estas gentes. Los manifestantes que hace unos días recorrieron las Ramblas *viveando* la neutralidad con motivo de las declaraciones de Maura, fueron a aplaudir entusiásticamente ante las redacciones de los diarios germanófilos. Si el discurso de Maura en Beranga hubiese sido favorable a una alianza con Alemania, éstos no se hubieran manifestado como lo hicieron, pero sin duda lo hubieran hecho los otros, los del «bando contrario». Y se manifestaron los primeros y no los segundos, porque el discurso de Maura tuvo la virtualidad de desagradar a los amigos de Alemania, tanto como de agradar a los que simpatizan con Francia y sus aliados.

Y si en estas «filias» que son mayormente «fobias» no hay verdaderamente neutralistas y mucho menos pacifistas, ¿dónde se cobija entonces este sentimiento? ¿Dónde están los verdaderos defensores de la neutralidad y de la paz? ¿Lo somos nosotros, los que sustentamos los ideales más sublimes de fraternidad y justicia humanas?

Nosotros, en la actual organización social, que queremos destruir, somos ante todo revolucionarios. Nosotros no podemos ser pacifistas en los presentes momentos históricos, porque la paz que se vitorea significa la perpetuación de las mismas instituciones políticas y sociales que han lanzado a la humanidad a la actual hecatombe; significa el olvido de los crímenes y la libre absolución de los criminales. Nosotros, al extremo en que se ha llegado, tampoco podemos permanecer neutrales, porque, enemigos de unos y de otros Gobiernos beligerantes, deseamos, en esta guerra, convertir a los pueblos en un BELIGERANTE MÁS que acabe con las monarquías y con las actuales democracias, conservadoras del fatídico trípode sostenedor de todas las tiranías seculares y tradicionales, generadoras de nuevos males y de nuevas guerras.

No; en el presente momento histórico de grandes guerras entre las *naciones* políticas y de grandes luchas entre las *clases* sociales, no podemos ni debemos ser pacifistas ni neutrales. Creemos necesario que los pueblos declaren la guerra a la guerra y esta declaración solo puede efectuarse con la rebelión de los mismos pueblos que la sufren, con la insurrección de los que a ella se pretenda lanzarlos.

Si esta guerra es la más colosal con que contará la historia, ella merece la revolución más grande que puedan ver los siglos. Es de esperar que las organizaciones obreras de España hagan prontamente y de una manera conjunta, rotundas declaraciones de oposición a intervenir en la guerra, con afirmaciones anhelantes de llegar en la protesta hasta los extremos posibles, hasta donde tal vez no se haya llegado nunca.

Los acontecimientos precipitándose en Europa y la actitud de algunos políticos españoles, dejan entrever un peligro para el pueblo español. ¿Sabrá este pueblo evitar, oponerse a que se cometa este nuevo y abominable crimen? Nosotros confiamos en ello. Pero si el caso llega no

es vitoreando a la paz ni aplaudiendo en las redacciones de los diarios apestados de «filias» y «fobias» como se deberá proceder.

Al extremo a que ha llegado ya la guerra, los pacifistas no debemos gritar ¡viva la paz! Sea el grito de los pueblos el de ¡viva la Revolución!

¡Pueblo español!

Los momentos actuales exigen toda tu atención; piden todo tu interés.

Un puñado de ambiciosos y desahogados, atentos sólo a su negocio e importantes muy poco los ajenos sufrimientos con tal de fabricar fortunas colosales, se han puesto a la innoble tarea de soliviantar la opinión, preparando los ánimos en favor de una decisión que saque a España de la neutralidad.

Reunidos en contubernio infame unos cuantos hombres de tendencias políticas hasta ayer encontradas, cabildan y se agitan en la sombra, preparando la catástrofe que ha de sembrar la desolación, el luto y el dolor sobre toda la tierra española.

Agazapados en las redacciones de los periódicos, escondidos en las oficinas de los ministerios, laboran en su empresa criminal, con diligencia febril.

¡Te quieren vender, pueblo, como se vende una res para el matadero!

¡Te quieren entregar como una cosa sin pensamiento y sin alma, al mejor postor, al que de más!

¿Dejaremos que tal suceda? ¿Consentiremos que se nos trate como a esclavos, como a bestias sin voluntad?

Se dice que debemos ponernos junto al grupo de naciones que más garantías ofrezca a la prosperidad y al engrandecimiento de la patria; se proclama la necesidad de empaparnos en la sangre propia y ajena, para levantar el nivel económico y moral del país. ¡Mentira! Burdo pretexto de los negociantes sin conciencia, que tienen por corazón un poco de metal amasado.

Los pueblos se levantan por el trabajo, por la ciencia, por la industria, y éstos sólo pueden desarrollarse en la paz, lejos del mortífero estruendo de las bombas y los cañones.

La guerra conviene sólo a cuatro logros de la gran industria, que podrán hacer pingües ganancias vendiendo a los infelices soldados géneros de desecho; a unos cuantos banqueros, que se redondean con los empréstitos; a media docena de politicastes, que alcanzarán millones revolviendo negocios turbios desde las altas esferas... La guerra no conviene al pequeño agricultor, al pequeño negociante, al trabajador. Para éstos la guerra es el azote, el flagelo más terrible que puede existir.

¡Abajo, pues, la guerra! ¡Abajo los que la preparan; los que la defienden!

Por nuestros hijos, que serán destrozados entre el horror de las batallas; por los hombres nacidos en otras tierras, que ningún mal nos han hecho; por nuestras ciudades, que podrán ser arrasadas bajo la fuerza de los obuses; por las generaciones futuras, que sufrirán la culpa de nuestra locura; por el progreso, por la Humanidad, ¡abajo la guerra!

¡Abajo sus defensores!

¡Viva la paz de los pueblos!

Federación de grupos anarquistas de Cataluña.

LA NEUTRALIDAD EN PELIGRO

¿Qué hacemos los anarquistas?

Necesaria, forzosamente hemos de rendirnos a la evidencia de que La Internacional Anarquista, al estallar en 1914 la actual conflagración, no mantenía su fuerza sobre bases sólidas. Ni el fin porque fué creada La Internacional, ni la acritud de sus componentes perduró lo necesario para prever las fatales consecuencias de la actual lucha fratricida, producto del pasivismo en que ha estado envuelta cuando más precisa, necesaria y activa debía ser

su actuación para contrarrestar con su poderosa fuerza organizada los efectos que lamentamos hoy la raza humana, especialmente nosotros los anarquistas.

Apesar de haber acumulado en nuestros pechos el odio, que como consecuencia de grandes e intestinas luchas prevalece vivo hacia los procedimientos y contubernios estatales, hemos visto deslizarse sobre la carta europea, hechos que por sí solos demuestran la debilidad de todos los cerebros pensantes y altruistas que un día fueron el empuje de aquella Internacional que tan buenas esperanzas nos hizo vislumbrar.

Por un sin fin de causas y concausas que creo prolijo enumerar, hemos de reconocer la aparición en el campo de nuestros bellos y hondos pensares, de una especie de estancamiento de energías, que de no haber concurrido en ella la cobardía (digámoslo claro) de todos los que sentimos vivamente las ideas, es probable que los odios desatados, cual volcán que furioso lanza deletérea lava, no habrían surgido; ante la declaración de guerra habríamos antepuesto algo, y ese algo es la Revolución Social.

Bakounine lanzó el grito de guerra contra los poderes estatales al afirmar que la fuerza para conquistar la felicidad humana residía sola y exclusivamente en nosotros; en nuestra unión con todo el proletariado mundial. Nosotros, harto confiados en nuestra misma fuerza, sin recuento, sin ensayo de prueba, disgregada en absurdas e inoportunas fracciones, abandonamos el internacionalismo para abismarnos en luchas parciales, olvidándonos completamente de nuestra fe en los principios de aquella organización, sin caer en la cuenta de que mañana tal vez seríamos víctimas de nuestra desidia, de nuestra falta de relación con los que hoy en las trincheras defienden el privilegio y la patria de los parásitos internacionales.

Es indudable que en nuestro campo ha habido víctimas y que el progreso no habría avanzado sin sangre plebeya con que untar sus ruedas y engranajes, para, al llegar al estado en que ha llegado la sociedad en su marcha ascendente hacia el perfeccionamiento humano, darnos de bruces con una civilización disfrazada de barbarie.

Harto reconocido que la propiedad privada es el sostén del imperio de la fuerza, no nos hemos detenido lo bastante en estudiar y analizar los medios con que contábamos para contrarrestar la acción de los derivados de la propiedad, Estado, Capital y Religión, atacándoles sabiamente para hacer triunfar nuestro quintaesenciado lema de Paz y Fraternidad humana.

Consecuencia de esta desidia—reñida con nuestra idiosincrasia—de nuestro enervador pasivismo, hemos permanecido en la sombra inactivos, dando tregua para que los Estados—burlándose de nuestras debilidades orgánicas—pudiera a la luz del día acariciar cual efligie deslumbrante, la proximidad de sus elaborados y maquiavélicos planes de consecuencias horribles. Recapacitemos; convenzámolos, aunque sea doloroso, en que de haber perdurado aquella fuerza de cohesión, cuyo desarrollo fué en *crecendo* breve tiempo, aquella inteligencia necesaria entre camaradas formando o representando los distintos Comités de cada nación, la guerra no habría estallado y, como consecuencia, no habrían surgido atávicas discordias por parte de unos cuantos pensadores y militantes de la extinguida Internacional.

Ante las consideraciones largamente expuestas y reconociendo persuasivamente que la guerra, en pro o en contra de nuestros hermanos de allá del Rin o de nuestros igualmente queridos los franceses e ingleses, etc., está en contraposición no solo con nuestros sentimientos, sino con nuestros principios sustentados, hemos de convenir en patentizar nuestra protesta ruidosa basada en los principios de La Internacional, y tener en cuenta los chispazos que de Oriente a Occidente han repercutido.

Los pueblos están cansados de pasar hambre y de matanzas; el laberíntico espectáculo, cual epopeya sangrienta, puede variar de un momento a otro con la acción sobre los Estados neutrales.

¿Qué cabe hacer? Ante las consecuencias señaladas y lógicamente analizadas que el caos europeo nos presenta, urge reaccionar uniéndonos, agitando a la opinión a que coadyuve a nuestra obra para ir contra los enemigos de las clases desheredadas, el Capital y el Estado.

No demos nuestro brazo a torcer y contra la guerra opongamos la revuelta, la revolución sangrienta, sacudiendo la alfombra de los privilegios sitiadores del pueblo por el hambre.

Mil veces más preferible es morir defendiendo la paz humana, que morir como mansos corderos al asomar la cabeza a la superficie de una trinchera.

Los compañeros anarquistas portugueses lanzaron un manifiesto; nosotros hemos de lanzar nuestro odio vengador y justiciero y derrocar para siempre la tiranía y el imperio de la guerra que fluctúa amenazador sobre nuestras cabezas. Antes que ir a la guerra, iremos a la revolución. ¡Viva la Revolución Social!

JOSE ARRANZ

Por la Justicia

Prosiguiendo más decidida que nunca la campaña de liberación emprendida en pro de todos los presos por cuestiones sociales y políticas, mayormente por los compañeros caídos en Cenicero, pues son los que en los presentes momentos más lo necesitan por ser su peligro mayor, después de los mítines realizados en distintas poblaciones entre ellas Barcelona, faltaba sólo como corolario a la cruzada, el mitin en el propio pueblo de Cenicero y el efectuado en Logroño, los cuales han de haber tenido una importancia suma demostrando al caciquismo español y a los gobernantes, que junto a los presos de Cenicero y por la amnistía en general está toda la clase obrera y toda la opinión sana del país. En estos mítines, además de los compañeros nombrados por el Comité de Barcelona y de los procedentes de distintos puntos de la Rioja, tomaron parte Marcelino Domingo y Emiliano Iglesias.

A la hora en que escribimos estas líneas no hemos recibido aún una reseña detallada de los actos efectuados en Logroño y Cenicero, pero por el siguiente telegrama podemos hacernos cargo de su importancia:

«Logroño.—Acaba de celebrarse en Logroño el mitin para pedir la libertad de los presos por los sucesos de Cenicero. La concurrencia ha sido enorme. El entusiasmo indescribible. El pueblo en masa ha acudido a protestar con su presencia, de la posible condena de aquellos trabajadores. Por la tarde se ha celebrado con el mismo objeto otro acto en Cenicero, que ha sobrepasado, si cabe, al de Logroño.»

En Bornos

Compañeros de TIERRA Y LIBERTAD. Os escribimos para comunicaros que el día 7 del actual, se celebró en esta localidad un mitin de protesta por los atropellos de que son víctimas los trabajadores de España y presos por pretendidos delitos políticos y sociales.

Usaron de la palabra, los compañeros Juan Jurado, Sebastián Gordillo, José Hidalgo, Gonzalo Andrade y José Sanchez Rosa, condenando todos el régimen causante de todos los males que aquejan a la humanidad, y excitando a los trabajadores a practicar la solidaridad para con los caídos.

Se recolectaron en el acto algunas pesetas que os enviamos para los presos y se acordó enviar un energético mensaje al Presidente del Consejo de Ministros, haciendo constar la protesta de todos los reunidos.—*El Corresponsal*.

En Jerez

Por una hoja convocatoria que hemos recibido, sabemos que el domingo 17 se llevó a cabo en Jerez un grandioso mitin. De dicha convocatoria entresacamos lo siguiente:

«Jerezanos: Los continuos atropellos y las inicuas injusticias llevadas a efecto por las autoridades contra nuestros hermanos caídos en las garras del poder, hacen necesario que todas vuestras vistas y todos vuestros pensamientos estén fijos en la suerte que puedan correr esos inocentes.»

«Jerezanos: Al mitin a pedir la libertad de los presos por los sucesos de Cenicero, la de José Castellví y la de todos los que sufren prisión por cuestiones político-sociales en general.—*El Comité pro presos*».